

EL FIN DE CLERES

Por JEAN DELACOUR (1)

Cleres, como un santuario de aves, ya no existe. En el primer número de esta Revista para 1940 (2), expresé la esperanza de que mi casa de Normandía no corriera la misma suerte que tocó a mi casa de Picardía que, en la guerra pasada fué totalmente destruída por los alemanes. Esa esperanza fué vana. Todos los cuidados y precauciones que se tuvieron para conservar a Cleres a cualquier precio, fueron inútiles frente a los bombardeos y a la invasión. Hoy solo existe un castillo muy dañado, en medio de un parque descuidado, vacío y desfigurado por los pozos y cráteres de las bombas.

Cuando lo ví la última vez el 7 de Junio de 1940, unas treinta bombas caídas durante los 15 días anteriores habían desfigurado su aspecto en muchos lugares y habían sido muertos varios cientos de aves y otros animales. Tuve que marchar con la unidad de ejército a la que pertenecía y desde entonces no he vuelto a verlo. Pero sé que el día que yo salí, como los días subsiguientes, el parque sufrió muchísimo a causa de los nuevos bombardeos y fuego de ametralladoras desde aviones. Murieron cuatro hombres y muchos más animales y aves.

Después llegaron las tropas alemanas y a ello siguió el saqueo y la pérdida de más aves y animales. Algunos escaparon porque se dejaron abiertas las puertas mientras otros se mezclaron con diferentes especies y fueron muertos en las luchas que por esa causa se entablaron.

A pesar de todo, los alemanes permitieron que tres de mis hombres que habían quedado en las cercanías, volvieran y cuidaran de lo que aún quedaba de la colección. Pero, como es natural, en el ínterin, habían muerto de inanición todas las especies más delicadas en las que estaban

(1) El Dr. Jean Delacour, Presidente del Comité Internacional para la Defensa de las Aves, se encuentra actualmente en Nueva York, donde ha recibido el saludo de sus numerosos amigos y de los ornitólogos de todas partes que conocen su empeñosa acción en favor de las aves.

Le enviamos el saludo de nuestra Sociedad Ornitológica, y, al contestarnos con su acostumbrada gentileza, nos incluye un artículo que publicó en la revista *The Bronx Zoo*, de Nueva York, con el título que encabeza esta página.

Dado su interés, lo hemos traducido para EL HORNERO.

(2) El autor se refiere a *The Bronx Zoo*.

incluídos los Pájaros del Paraíso, Picaflores, Sunbirds⁽³⁾ y los insectívoros.

El Sr. F. Fooks, que había cuidado tanto de mi colección como de mis intereses durante veinte años con el mayor celo y dedicación, pudo escapar, felizmente, hacia la zona libre de Francia y más tarde, a Inglaterra. El quería quedarse en Cleres a toda costa y contra mi consejo, pero el 8 de Junio, al llevar algunos de los ejemplares más raros a un lugar que por estar más al Oeste se creía libre, se encontró con que no pudo volver a pasar el Sena y quedó cortado del Castillo.

Los acontecimientos posteriores demostraron que esto fué una suerte para él, pues, siendo inglés, escapó de caer en manos de los alemanes que avanzaban, librándose así de ser tomado prisionero o de que le ocurriera, muy posiblemente, algo peor. Algunos días después nos encontramos por suerte en casa de un viejo amigo y también amante de las aves, el Sr. A. Decoux, cerca de Limoges en la Francia Central, cuya hermosa colección de cotorras, palomas y pequeños pájaros, me complazco en decir que se halla aún intacta y no ha sido molestada.

Aquí nos separamos con Mr. Fooks; su mujer e hijos habían partido en un auto guiado por uno de mis sargentos, y mientras lo contemplaba antes de separarnos, comprendí que se desvanecía el último vínculo que me quedaba con lo que había sido mi vida durante muchos años. La familia Fooks llegó bien a Inglaterra después de un viaje peligroso, mientras yo fuí a Agen en el Sudoeste de Francia. Allí me desmovilizaron el 20 de Junio. Mi humilde participación en la defensa de Francia había terminado.

En Agosto, mis amigos Dr. A. Urbain, Director del Zoo de París y el Sr. Fr. Edmond-Blanc, visitaron a Cleres a mi pedido. Comprobaron que quedaban posiblemente mil pájaros; es decir menos de la tercera parte de la colección original. Estos sobrevivientes estaban muy mal alimentados y eran perturbados por la soldadesca alemana, y, por consejo de mis amigos, permití que fueran llevados a París los ejemplares más raros. Afortunadamente se consiguió el correspondiente permiso. Más tarde pudo haber sido rehusado, pues comprendo que habría sido imposible alimentar lo que quedaba de las aves y fué necesario enviarlas a la firma Luis Ruhe, de Hanover. Es claro que esto era doloroso, pero al menos era preferible a que se murieran de hambre.

Después de haber pasado los cuatro meses que siguieron a mi desmovilización en una penosa ociosidad a pesar de la compañía de mi madre, tuve la suerte de que se me permitiera venir a Nueva York, donde la calurosa bienvenida de mis amigos americanos, me hizo recobrar el placer

(3) Sunbirds, Paseriformes africanos; el más grande es del tamaño de un canario. Algunas especies de estos passeriformes se pueden confundir con picaflores, pero el plumaje no es tan brillante. En general son del tamaño de nuestras Tacuaritas. — N. del T.

de vivir. En seguida se me ofreció el puesto de Consultor de la Sociedad Zoológica de Nueva York. Inútil es decir que acepté, y el gran interés que tomo en mi trabajo como en otros asuntos de naturaleza científica del Museo Americano, espero que irán haciéndome perder la amargura por todo lo que perdí en Europa.

El porvenir depende de los dioses. Por el momento es imposible hacer planes, pero parecería que las condiciones en que se encuentra Francia, nunca serán tales que me permitan volver a mis ocupaciones habituales ni restaurar a Cleres a su estado primitivo.

Con la desaparición de Cleres, se pierde la última gran colección privada de la Europa Continental. Los pocos ejemplares que quedan en Inglaterra, tengo la esperanza de que vivirán, pero temo que aún allí, las futuras condiciones hagan imposible mantenerlos como antes. Esto es una lástima porque en los grandes parques donde se mantenían esas colecciones, era posible conservar animales y pájaros de cierta especies mucho mejor que en los zoológicos públicos.

Muchos de nuestros consocios han oído hablar de Cleres y un buen número lo ha visitado. No es a mí a quien corresponde elogiarlo; sólo haré notar que se encontraba en un hermoso y angosto valle rodeado de colinas pintorescas. El histórico castillo, de estilo gótico del último período, y las ruinas de una fortaleza del siglo XI, de gran valor arquitectónico, estaban en el centro de un parque de varios cientos de acres. En el parque había también muchos lugares cercados (paddocks) algunos de gran tamaño, numerosas jaulas y faisaneras, habitaciones tropicales y galerías para las especies más delicadas, un lago y un río de aguas claras.

La gran casa contenía muchas obras de arte, moblaje de la época, recuerdos de familia y una de las mejores bibliotecas ornitológicas del mundo. Desgraciadamente, todo eso fué destruido por el fuego en Febrero de 1939, pero el castillo mismo se salvó.

Hoy no queda prácticamente nada de todo eso en cuya creación empleé los mejores años de mi vida.

Hasta hace muy poco tiempo, poseía en Cleres todo lo que había deseado como un niño que sueña con llegar a ser naturalista algún día y tener una gran colección de aves y animales, con sus pieles, y una biblioteca completa sobre los temas de mi predilección. Fué un sueño que se hizo realidad, y ahora, a los cincuenta años, todo se desvanece de pronto, como una pompa de jabón.

Es muy dudoso que podamos volver a ver una colección como la de Cleres, especialmente en lo referente a faisanes y aves acuáticas. Particularmente doloroso es que, después de largos y pacientes esfuerzos se había conseguido aclimatar a muchas especies extremadamente raras cuyos ejemplares estaban tan hechos al ambiente que se alimentaban con regularidad y éxito.

En futuros artículos espero decir algo sobre las aves más interesantes de la colección de Cleres. Pero fuera de estas memorias que al escribir estas líneas puedo revivir y aparte de lo que por otras causas pueda ocurrir con el tiempo, para mí, el pasado ha muerto.

Quizá mi amarga experiencia sirva como una lección objetiva a aquellos que tienen en una grande estima a sus posesiones materiales, y recuerde a otros que nada podemos considerar permanente en esta vida.

Sin embargo y no obstante la tristeza que ocasionan los acontecimientos que he descrito, me considero muy afortunado de hallarme aquí en los Estados Unidos y poder escapar en gran parte, a las penurias físicas y morales de la mayoría de los compatriotas que están en Francia.

Aquí en América hay extraordinarias posibilidades, y espero no desperdiciar la ocasión cuando ésta se presente en mi camino ⁽⁴⁾.

* * *

Comprendemos su amargura, pero lejos del vórtice de la guerra y con mayor serenidad por eso, pensamos con más optimismo desde las tierras generosas de nuestra América. Creemos que algún día, que quiera Dios que no esté lejano, el Castillo de Cleres, curado de sus heridas, volverá a ser el santuario de aves que fué antes y su noble propietario se extasiará de nuevo en otra hermosa colección para sus provechosas investigaciones.

Cleres no debe morir; todos los ornitólogos tienen una deuda con el viejo Castillo de Normandía.

(4) Hasta aquí, el relato desolador y las melancólicas reflexiones del Dr. Jean Delacour, el eminente Presidente del Comité Internacional para la Defensa de las Aves.